

FICCIÓN

El maestro silencioso

LOS ELEMENTALES, por Daniel Guebel. Beatriz Viterbo Editora, 1992.

—Yo creo que ya deberíamos dejar de pensar en asuntos accesorios y concentrarnos en el fascinante asunto central.

—¿Y ése, cuál es? —dijo Pomponi.

—¿Cuál es? —Porfirio sonrió—. Los Objetos Eternos.”

A través de un asunto central tan abstracto, Daniel Guebel pretende desconcertar al lector que venía siguiéndolo desde los castillos del príncipe Arnulfo y que había atravesado gozoso las nubes de opio en la Malasia del emperador. Esta vez, la única aventura consiste en desentrañar la relación entre el científico Bernetti y su grupo de seguidores. Si bien ya no hay personajes de abolengo real como en sus obras anteriores (*Arnulfo o los infortunios de un príncipe*, De la Flor, 1988, y *La perla del emperador*, Emecé, 1990), en esta tercera nove-

la el científico protagonista tiene el status de un semidiós. Único mortal que presumiblemente está en contacto con los Objetos Eternos, Bernetti renuncia para esto a sus atributos de ser humano. Vegeta en un estado de incorruptibilidad y atonía y sólo se manifiesta mediante un brillo y un esplendor que finalmente cesará, apagando con él una ola de interpretaciones para desencadenar otras nuevas.

En efecto, el texto va creciendo en este movimiento de mareas con las conjeturas tejidas por los discípulos. Voces que de a poco dejan de ser anónimas para ser patrimonio de personajes que sólo son esa voz y el apellido que los nombra. Diálogo casi continuo en el que —a partir del segundo capítulo— se confunde la voz del narrador con las de los demás discípulos. A diferencia de los diálogos platónicos, el maestro aquí brilla por su silencio y son sus admiradores los que hablan y predicán so-

Daniel Guebel

Los elementales



bre su poder. Pero como en la caverna de Platón, éstos sólo tienen acceso a las sombras, al reflejo de los Objetos Eternos que despierte el cuerpo átono de Bernetti. Sombras que “en la repetición de sus arribos rompian la exquisita monotonía de nuestra espera” pero que, a pesar de la calidad de la prosa que se logra en muchos momentos, no pueden oscurecer la monotonía del lector, quien queda al final —como Pomponi— preguntándose cuál es el asunto principal. Con el afán de inscribirse en una estética antirreferencial, Daniel Guebel teme contar una historia y se limita a presentar una situación que se podría condensar en la relación que cualquier factor de poder (un hombre o una institución) establece con sus seguidores. Al menos, el lector tiene la libertad de reponer el contenido e imaginar una historia —elemental— con estos personajes.

CRISTINA FANGMANN

PRIMER PLANO